

## ***“Celebrar la fiesta: ritos y gestos en la experiencia familiar”***

### **1. *Pensamientos introductorios: domingo y día laborable***

En la preparación de nuestra presentación, adquirimos conciencia que la fiesta debe ser preparada en el día a día de nuestra semana laboral, en la que Dios tiene un lugar y está siempre presente.

Se trata del permanente diálogo cotidiano con Dios, los domingos como también durante la semana hábil; se trata de la vida en y desde su presencia. Nuestros hijos crecen y se desarrollan en la fe a través de nosotros y de nuestro ejemplo de vida. Esto sucede los domingos, día del Señor, pero por sobre todo durante la semana laboral, en nuestra vida cotidiana de todos los días.

La oración, el diálogo con Dios, necesita como fundamento natural el diálogo entre nosotros, como matrimonio, como familia.

### **2. *Amor entre Dios y el hombre – Amor entre varón y mujer***

Celebrar el día del Señor como Familia supone, en primer lugar, que padre y madre tengan una vinculación animada y vital con Cristo. Así como el amor entre los esposos ha de ser cultivado, renovado y profundizado, así también acontece con el amor a Cristo, el tercero en nuestra alianza matrimonial.

Así como Cristo, a través de su muerte y su resurrección se entrega a su Iglesia, también así nos entregamos mutuamente como marido y mujer. ÉL vive en nosotros y actúa a través nuestro. En nuestro amor y fidelidad mutuos, ÉL está presente con su amor y su fidelidad. Así nuestro matrimonio se convierte en signo de la alianza entre Cristo y su Iglesia.

Nuestro amor conyugal natural es la base sobre la que se fundamenta nuestro sacramento matrimonial. Dado que la gracia edifica sobre nuestra naturaleza, el cultivo de ese amor, la conservación y el desarrollo del primer amor a través de caricias y demostraciones de ternura, son una condición importante para el crecimiento y desarrollo en esa gracia. Para esto son necesarias la empatía, la creatividad y la disposición para aceptarse el uno al otro. Tratamos de percibir lo que al otro le causa alegría y a menudo nos regalamos algún signo de ese amor mutuo. Cuidamos de que el diálogo mutuo no se corte, sino que siempre conduzca a un intercambio vital. Los conflictos, en aras de una falsa armonía, no los barreos bajo la alfombra, sino que los enfrentamos y los ponemos sobre la mesa. Juntos buscamos una solución en la que ninguno se lleva la peor parte y donde la dignidad de cada uno queda protegida.

### **3. *Formas de expresión – orientación en elementos de la liturgia***

En el día del Señor la participación en la Santa Eucaristía ocupa un lugar central. Los elementos de esta Eucaristía pueden ser aplicados a nuestra vida de matrimonio y familia. Así vamos acuñando, paso a paso, una cultura del amor.

#### **- *Agradecer***

Eucaristía significa “Acción de gracias”. Tratamos de vivir diariamente una cultura de gratitud, también y justamente por las cosas que muchas veces consideramos evidentes: agradecemos a Dios, nuestro creador, por el regalo de la vida; nos sentimos regalados y agradecemos a Dios por todo lo que poseemos en bienes materiales y espirituales. Los aceptamos y nos alegramos por ellos. No miramos a otros con envidia, sino que nos sentimos satisfechos con lo que tenemos. Especialmente agradecemos por el regalo del cónyuge y de los hijos, por nuestros talentos y capacidades, por nuestra formación y profesión, por la fe y los numerosos signos cotidianos de amor de la Divina Providencia.

En la oración de la noche hacemos especialmente presente ese agradecimiento por el día que vivimos y por todo el amor que hemos recibido.

- Perdonar

En el comienzo de la celebración eucarística pedimos a Dios, Padre misericordioso, perdón por nuestras faltas. En nuestra vida cotidiana una y otra vez chocamos contra la particularidad y las debilidades de nuestro cónyuge. Por eso nos ejercitamos en perdonar al otro y en aceptar el perdón del otro, rezando conscientemente en el Padrenuestro: "... perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden."

Estamos dispuestos, siempre de nuevo, a acercarnos al otro y a ofrecerle nuestro perdón. El amor a Cristo y la experiencia de su misericordia nos regala fuerzas para perdonar también a nuestro cónyuge, abriendo nuevamente nuestro corazón endurecido para recibir al otro.

- Pedir

En las peticiones llevamos, junto con toda la Iglesia, nuestros pedidos a Dios. Confiados en la promesa de Cristo: "Pedid y se os dará", nos dirigimos cada día de nuevo en oración suplicante a Él. Hay tantas cosas en nuestra vida por las que quisiéramos pedir: por la salud de un amigo que se enfermó de cáncer; por una buena finalización de estudios; por un puesto de trabajo para nuestro vecino; por la paz en la vida de una familia; por la disposición al diálogo en una relación difícil; si, también podemos pedir por pequeñeces, como por ejemplo por un aparcamiento cuando salimos de compras al centro de la ciudad... Dios, que tiene contado los pelos sobre nuestra cabeza, se preocupa por nosotros, también de los detalles más pequeños. También nos esforzamos como pareja en presentarnos mutuamente nuestros deseos y anhelos, con mucho tacto, amor y respeto por el otro.

- Comulgar

El centro de la celebración eucarística es la comunión con Jesucristo mismo, nuestro Redentor. En una época, en la que predomina la comida rápida ("fastfood"), en donde cada uno puede comer cuándo y dónde quiere, nos reunimos como familia al menos una vez al día en torno a la mesa para comer juntos, experimentando así lo que es comunidad. En la conversación nos escuchamos con atención, tratando de captar lo que se está moviendo dentro del otro y cuáles son las cosas que lo ocupan actualmente. Así, padres e hijos, experimentamos aceptación y solidaridad. Aquí también se discute, se intercambian puntos de vista. La mesa familiar es un lugar de comunicación para nuestra familia.

- Alabar

En la celebración eucarística alabamos a Dios. Una sincera alabanza mutua durante el día fortalece nuestra autoestima, nos motiva y nos regala confianza. Conocemos padres que conscientemente se han propuesto elogiar y alabar, al menos una vez al día, a su cónyuge y a sus hijos.

- Bendecir

La celebración eucarística culmina con la bendición. El deseo para el éxito favorable, el consuelo: "tú lo lograrás" y el pedido por el auxilio de Dios, nos ofrecen la necesaria fortaleza para enfrentar los desafíos de nuestra vida. Especialmente importante para nosotros es la bendición de nuestros hijos. Porque bendecir significa decirle al otro: "Es bueno que tú existas. Tú eres algo muy especial y único. Tú eres amado." Con la bendición colocamos a nuestros hijos bajo la protección y la gracia de Dios. Es una costumbre familiar probada y animada, expresar la bendición a través de una palabra o de un gesto.

También conocemos a matrimonios, que a la mañana o a la noche se ofrecen mutuamente la señal de la cruz sobre su frente, colocando a su pareja bajo la protección de Dios.

Si logramos que estos elementos de la liturgia, vividos cotidianamente como matrimonio y familia, se conviertan en nuestro estilo de vida, todo esto también repercutirá sobre nuestros hijos.

En Alemania tenemos un dicho popular que dice:

“no importa cómo educamos a nuestros hijos, si ellos de todos modos nos imitan en todo!”

#### **4. Forma de expresión: Santuario Hogar**

En el Movimiento de Schoenstatt hemos hecho la experiencia que una vida, como la expuesta, puede resultar cuando aceptamos a Cristo y su Madre en nuestro hogar, erigiéndole allí un “lugar santo”: el Santuario Hogar. Es una especie de “Rincon del Señor<sup>1</sup>”, constituido por una cruz, una imagen de María y otros símbolos religiosos.

Así involucramos a Dios y a la Santísima Virgen en nuestra vida diaria. El proceso espiritual determinante consiste en reconocer que la cruz y la imagen de la Santísima Virgen no son “solamente” un símbolo de Cristo y María, sino que consiste en estar convencidos de que Ellos realmente están presentes y obrantes, influyendo sobre nuestra vida familiar. El Santuario Hogar comenzó con la necesidad de una madre, que ante los problemas en la educación de sus hijos, ya no sabía cómo seguir. Entonces, ella le pidió a la Santísima Virgen a establecerse en su hogar y a tomar en sus manos la educación de sus hijos, “obrando milagros de gracia”.

El Santuario Hogar es nuestro punto de contacto cotidiano con Dios y con la Santísima Virgen. Desde este lugar de gracias, Ella nos enriquece cada día de nuevo y nos educa.

Aquí se concentran todos los aspectos de la vida, aquí confluye todo: conversaciones y oraciones en común, la celebración de los tiempos litúrgicos, el festejo de acontecimientos familiares y eclesiales. En y a través del Santuario Hogar, la fe se hace vida. Este lugar impregna la atmósfera de la casa y conduce a padres e hijos hacia el contacto con el Dios de la vida, de manera tal, que no sólo nos encontramos con él en el “Día del Señor”, sino todos los días.

#### **5. Un testimonio personal – vida con el Santuario Hogar**

Finalmente queremos compartir una experiencia personal con nuestro Santuario Hogar.

Para nosotros fue difícil cuando en los primeros años de nuestro matrimonio nos enteramos de que probablemente no podríamos tener hijos propios. Comenzamos, entonces, a buscar por las huellas de Dios en nuestra vida. ¿Deberíamos renunciar a los hijos para tener más posibilidades y espacios para nuestro trabajo apostólico con las familias en Schoenstatt? ¿O deberíamos adoptar hijos? La respuesta la obtuvimos escuchando el Evangelio durante una Santa Misa: “... quien reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe”<sup>2</sup>. Entonces nos ocupamos intensivamente por una adopción. Esto en Alemania no es fácil, ya que hay muchos más matrimonios que quieren adoptar hijos, que niños disponibles para ser adoptados. En aquel entonces, en Rumania culminó la dictadura de Ceausescu de manera sangrienta y surgió para nosotros la esperanza, a través de nuestro Tribunal de Menores, para adoptar algún niño en aquel país.

Nos encontramos con un matrimonio que por el mismo motivo ya había visitado Rumania. Nos mostraron algunas fotos Polaroid de niños de un hogar de menores. Nos regalaron una de esas fotos y la colocamos en nuestro Santuario Hogar, en representación del hijo que quizás alguna vez podríamos acoger en nuestro hogar.

Luego de sortear algunas dificultades, pudimos viajar en diciembre de 1990 a Hermannstadt (Sibiu), para comenzar la búsqueda de un hijo. Al llegar a ese lugar, nos informaron que las leyes habían cambiado y que ya no liberarían niños desde los hogares infantiles para la adopción. Sólo en el caso de un niño surgió una pequeña chance. Viajamos, entonces, a ese hogar infantil, para encontrarnos con ese niño. Nos quedamos profundamente impactados cuando, al verlo, pudimos comprobar que se trataba de la misma niña, cuya foto hacía meses se encontraba en nuestro Santuario Hogar. Inmediatamente nos dimos cuenta: esta niña fue escogida para nosotros por Dios desde siempre, ella

---

<sup>1</sup> „Herrgottswinkel“

<sup>2</sup> Mt 18,5

tenía que ser nuestra hija. Vivimos una profunda felicidad. El 21 de enero de 1991 finalmente llegó Christine a nuestro hogar. Ella tenía 5 años en aquel entonces. Más tarde aún se sumaron Terese y Johannes.

Esta experiencia nos marcó profundamente. Es la experiencia de un Dios que se deja encontrar, de un Dios que nos toma en serio y nos acompaña hasta en los acontecimientos más pequeños de nuestra vida.

### **6. Dar testimonio, ejemplo: nuestras bodas de plata – un „día del Señor“**

Las familias que se ponen en camino para configurar su vida a la luz de las inspiraciones mencionadas, enfrentando todos los desafíos de la vida desde la fuerza de la fe, tienen un gran poder de irradiación en sus comunidades parroquiales y más allá.

Por eso, queremos animar a dar testimonio de nuestra vida de fe en festividades eclesiales especiales como bautismo, casamiento, bodas de plata y semejantes. Aquí la fe puede conmover a personas que a veces se encuentran muy alejadas de la Iglesia.

Nosotros mismos pudimos celebrar en el año 2009 nuestras bodas de plata. Fue una fiesta de la fe, un “día del Señor”, donde fueron invitados todos nuestros parientes y amigos. Semanas antes habíamos pensado en la organización de la Santa Misa y en la fiesta posterior, preparándonos para ese día tan especial.

Preparamos la Misa, celebrada en la Iglesia de la Santísima Trinidad sobre el Monte Schoenstatt, como Misa de acción de gracias, en cuyo centro estaba prevista una procesión de ofrendas y la renovación de las promesas matrimoniales. En esa procesión de ofrendas llevamos hacia el altar distintos símbolos, que en estos 25 años de matrimonio fueron para nosotros importantes y valiosos. Así rezamos:

“Te agradecemos por nuestros 25 años como matrimonio y colocamos este agradecimiento y nuestras peticiones, junto con las ofrendas del pan y del vino, sobre el altar.

- Traemos nuestra **vela de casamiento** como **signo de nuestra vida matrimonial compartida y de nuestro amor mutuo**. Traemos también una **vela bautismal** como **símbolo de nuestros hijos**.
- Traemos una **red, que simboliza a nuestros parientes y amigos, y a todos aquellos, que caminan con nosotros por nuestra senda matrimonial**.
- Traemos nuestra **imagen de la Santísima Virgen** como **símbolo de la plenitud de vida que experimentamos en Schoenstatt**.
- Traemos **dos anillos** como **símbolo de todos los matrimonios y como signo del anhelo por vínculos sólidos y definitivos**.
- Traemos nuestra **Cruz de la Unidad** como símbolo de todos los sacerdotes y personas que se han decidido por una vida célibe.
- Traemos una **vasija** como **símbolo de todos los que sufren, teniendo que soportar enfermedades corporales o anímicas**.
- Por último, traemos **pan y vino** como **símbolo de nuestro trabajo y de nuestras vidas.**”

Un momento culminante fue la renovación de nuestras promesas matrimoniales, en el que invitamos a todos los matrimonios presentes a tomarse de las manos para renovar su promesa con nosotros. Nos han comentado luego, que este fue para muchos un momento emocionante muy movilizador. Nosotros mismos hemos podido experimentar, que nuestras bodas de plata fueron un verdadero “día del Señor”, en el que pudimos dar testimonio de nuestra vida de fe como matrimonio.

En una época, donde el evento y el suceso despertan una atención especial, son éstas ocasiones privilegiadas para dar testimonio de la alegría y de la paz interior que parten de la fe, ayudando así a construir activamente la *Cultura del Amor*.

Quisiéramos concluir nuestro aporte con una canción, que habla de nuestro hogar como un lugar santo, donde cada día nuevo podemos celebrar el “día del Señor”.